

Desde su más temprana edad, Borges estuvo relacionado con la filosofía: como refiere en Un ensayo autobiográfico, su padre le enseñó los rudimentos de la filosofía idealista, del anarquismo y el agnosticismo. Luego Macedonio Fernández y la relectura de Schopenhauer y Berkeley serían determinantes en la formación del joven Borges. En “Amanecer”, un poema de Fervor de Buenos Aires (1923), Georgie apuntaba esta filiación:

Curioso de la descansada tiniebla
10 y acobardado por la amenaza del alba
realicé la tremenda conjetura
de Schopenhauer y de Berkeley
que arbitra ser la vida
un ejercicio pertinaz de la mente,
15 un populoso ensueño colectivo
sin basamento ni finalidad ni volumen.

Antes, Borges había escrito algunos ensayos de cuño filosófico: “La nadería de la personalidad” (*Proa*, 1ª ép., ag-1922, núm. 1) y “La encrucijada de Berkeley” (*Nosotros*, ene-1923, núm. 164), que después pasaron a formar parte de *Inquisiciones* (1); puede añadirse a la lista “El cielo azul, es cielo y es azul” (*Cosmópolis*, ag-1922, núm. 44). La disquisición filosófica, sin embargo, no se redujo a la poesía ni al ensayo, sino que se convirtió en una preocupación cotidiana, pues por los mismos años, Borges estaba tan preocupado por los problemas de la metafísica que sostiene discusiones epistolares con Jacobo Sureda, uno de sus mejores amigos de juventud. En junio de 1921, Borges escribe:

Yo, de ti me arrojaría de cabeza en el estudio de la metafísica. Encuentro que el Libre Albedrío, el Determinismo, el problema de si existe o no el Yo, el estudio de lo que son Tiempo y Espacio, el problema del conocimiento, etc... son mucho más interesantes que lo de oírle a un poeta relatar que la luna parecía una claraboya o que su novia tiene trenzas rubias. ¿Y qué es la literatura, en general, sino un barajar de asociaciones o nimiedades como éstas?

Enseguida, Borges utiliza los argumentos del idealismo para continuar con el aleccionamiento de Sureda: “Me gustaría discutir intensamente contigo lo que me dices sobre la Materia. Tú escribes: «Hemos convenido en llamar materia al conjunto de circunstancias sensoriales». Y después: «Sensación es la percepción de la materia». Con lo segundo no estoy de acuerdo. Existe una cantidad de sensaciones desparramadas: colores, ruidos, gustos, olores, sensaciones de peso y de extensión y resistencia [...] la materia la constituyen una serie de síntesis de percepciones que aunque tiene valor de símbolos o de puntos de referencia en la vida corriente, carecen en sí de realidad” (2).

Por lo que se ve, el esfuerzo de convencer a Sureda de la superioridad del idealismo sobre el materialismo hizo mella, ya que un año después Borges escribe al mallorquín (en septiembre de 1922): “¿Qué me dices de *Proa* y de esa pelma sobre «La Nadería...» que es otra carta enderezada a tu conversión al idealismo marca [Schopenhauer]? Te mando además la añadidura de otra escaramuza mía semi-filosófica que se publicó en *Cosmópolis*” (*Cartas del fervor*, p. 225). La “otra escaramuza” a favor del idealismo debió ser “El cielo azul, es cielo y es azul”.

Esta larga digresión tiene una justificación: quiero mostrar cómo para Borges la relación entre el ser y la materia, entre las palabras y las cosas, los andamios de la metáfora, en particular, y de la poesía, en general, así como los nexos indestructibles entre literatura y filosofía fueron inquietudes que vertió una y otra vez a lo largo de su vasta obra. A menudo, por ello, los filósofos, los teóricos de la literatura y, más aún, los escritores de la segunda mitad del siglo XX hasta hoy han partido de Borges, ya para emularlo (ahí están Arreola, Piglia y Pacheco), ya para parodiarlo (¿recuerdan *El nombre de la rosa?*, antes habría que leer *Adán Buenos Aires*).

Las coincidencias tempranas entre los juicios de Borges sobre el agotamiento de los procedimientos poéticos y el extrañamiento de los formalistas rusos, luego con los principios de la semiótica y la teoría de la recepción o la del rizoma, lo han puesto en el centro no sólo de la historia de la literatura sino de la misma crítica y la teoría literarias. También los científicos y los filósofos han visto en Borges un fructífero punto de referencia, en una suerte de amor correspondido, como lo señala Fernando Savater:

“También los filósofos aman a Borges y –a partir de la famosa referencia inicial Foucault en *Les mots et les choses*– pocos literatos actuales comparecen tan insistentemente en obras filosóficas de todas las latitudes y perfiles. Sin duda a Borges le vino bien la filosofía como inspiración, pero no es menos cierto que Borges les vino bien a los filósofos, sea como inspiración directa, como apoyo o como razonable ornamento” (en De Toro, t. II, pp. 123-124).

En este momento, me gustaría citar una nota fundamental, casi desconocida, donde Borges disuelve las fronteras entre dos maneras de aprehender el mundo, aparentemente en franca oposición epistemológica, como si la ciencia fuera una rama de la alquimia o la magia: “Si nos avenimos a considerar la filosofía como un ramo de la literatura fantástica (el más vasto, ya que su materia es el universo; el más dramático ya que nosotros mismos somos el tema de sus revelaciones), fuerza es reconocer que ni Wells ni Kafka, ni los egipcios de las 1001 NOCHES jamás urdieron una idea más asombrosa que la de este tratado [‘Fantasía metafísica’]”, se lee en una nota de factura borgeana que antecede la traducción de un fragmento de *Parerga und paralipomena*, de Arthur Schopenhauer (*Anales de Buenos Aires*, 1946, núm. 1, p. 54).

Ahora bien, ¿por qué la filosofía del lenguaje no habría de abocarse al estudio de la obra borgeana con la pasión de un crítico literario? Como muestra de manera profusa Ana Tissera, en *Borges y los mundos posibles (1975-1985)*, las simpatías y diferencias entre el Borges maduro y Descartes, Spinoza, Berkeley, Frege, Russell o Wittgenstein pueden ser reveladas no a partir de la especulación ni de la verborragia rimbombante, como a menudo ocurre con la crítica borgeana, sino a partir del análisis riguroso y de un aparato teórico-metodológico convocado por la poesía. Además, como expresa María del Carmen Boves en el “Prólogo”, el trabajo de Ana Tissera no se agotó en sus “incursiones filosóficas”, sino que volvió a lo que fue su origen: “la lectura, la búsqueda de razones para los versos bien asimilados del poeta” (p. 10).

Borges y los mundos posibles se estructura a partir de un doble mecanismo de exposición: por una parte, la autora refiere paso a paso los rudimentos de los filósofos relacionados con Borges, las alusiones que Borges hizo de ellos y, enseguida, ilustra sus asertos con ejemplos extraídos de lo que ella designa como “el definitivo regreso a la poesía” o quinta etapa de la producción borgeana: *La rosa profunda* (1975), *La moneda de hierro* (1976), *Historia de la noche* (1977), *La cifra* (1981) y *Los conjurados* (1985); por otra, el mismo libro puede dividirse en dos grandes momentos, uno en que se hace un seguimiento de los conceptos de intensión y extensión, desde el mismo Aristóteles, y los vincula con las opiniones de Borges sobre las palabras y las cosas; el otro momento a que me refería tiene que ver con el seguimiento de los conceptos aludidos en Frege, Russell y Wittgenstein e ilustrados con la poesía borgeana.

El título del libro comentado, me parece, resulta más que acertado, en principio, porque el espíritu voltaireano de Borges habría recogido con beneplácito que éste es el mejor de los mundos posibles, pero con una sonrisa irónica o, como hacía frecuentemente, con una interrogante: “¿Usted, cree?” Entre datos *intensionales* (los que se atribuyen a la actitud del sujeto) y *extensionales* (vinculados más con los objetos del mundo) se gesta la poesía. Además, el énfasis en uno u otro motor puede generar un poema con *dirección* descriptiva o narrativa; el procedimiento, como lo muestra abundantemente Ana Tissera, consiste en el empleo de las enumeraciones (unos dirían caóticas o, como Borges las llama en el prefacio de *Historia universal de la infamia*: “enumeraciones dispares”). La ceguera impuso a Borges el uso de reiteraciones, por ello la anáfora, la rima, la enumeración, el empleo de formas clásicas como el soneto constituyen la columna vertebral de los cinco últimos libros de poemas.

Según Leibniz, el hombre vive en un estado de armonía no sólo permanente, sino prefigurado: “Lo mismo que hay una infinidad de mundos posibles, hay también una infinidad de leyes, unas propias de uno, otras del otro; y cada individuo posible de cada mundo encierra en su noción las leyes de su propio mundo” (*apud* p. 250). Esta correspondencia optimista entre individuo y colectividad deviene en *Cándido* una cruda respuesta que fractura el mundo de las ideas y el de los objetos: bien visto, la *intensión* de los conceptos leibnezianos se halla en abierta contradicción con los objetos *extensionales* a los que hace referencia.

Por mundos posibles, Tissera entiende más allá de la primigenia postulación leibneziana, las “descripciones que dan realidad a lo imaginario” (p. 251) y en una especie de síntesis conceptual se afincan en sus fuentes: “Kripke profundiza el concepto de mundo posible, el carácter mental de sus representaciones. A su vez Hintikka propone simplificar el conocimiento de los mundos posibles propuesto por Carnap mediante dos alternativas: la descripción parcial de los mundos y la construcción de conjuntos modelos que incluyan ambas facetas: el lado modal y el lado referencial, las descripciones actitudinales y las descripciones empíricas” (p. 254).

La autora de *Borges y los mundos posibles*, congruente con su modelo de análisis –vale decir un rico entramado entre filosofía del lenguaje, semántica, retórica, sintaxis y semiótica-, expone mediante cuadros y extensas tiras de ejemplos, el movimiento progresivo entre el primero de los libros analizados, *La rosa profunda*, que va de un énfasis en los datos *intensionales*, principalmente fincados en una preeminencia del yo; pasa por una especie de acercamiento entre el yo y los otros y, en *Los conjurados*, los otros adquieren mayor relevancia frente a una especie de despojamiento del yo: “algunos textos de Borges versan sobre el pensamiento, sobre las construcciones lógicas que el yo realiza de sí mismo, y otros priorizan la descripción que el poeta

hace de los *otros*. Los últimos [poemas] tienen un carácter épico, narrativo, prevalece el relato en torno al objeto, la *posible extensión* de las ideas. En las primeras domina el concepto, el estado cualitativo o *intensional*" (p. 260).

Deslumbrado ante la abigarrada exposición de Ana Tissera durante casi trescientas páginas (que sin duda revelan el amor por la obra borgeana), me gustaría traer a colación el fragmento de una entrevista del 12 de octubre de 1984 en que puede verse el desplazamiento hacia el mundo de los otros, si se quiere la profesión de fe y la esperanza de un Borges entregado a fraguar su mundo posible: "Creo que nuestro deber es salvar este mundo, el porvenir y eso depende de un acto de fe de cada uno de nosotros. Yo puedo hacer muy poco, he cumplido ochenta y cinco años, estoy ciego, no pertenezco a ningún partido político, pero haré lo que pueda para salvar el mundo. Ustedes son más jóvenes y pueden hacerlo, yo no puedo hacer nada, pero si mi palabra puede ser útil en este momento la doy y con entusiasmo. Swedenborg ha fijado una fecha para el juicio final, pero yo creo que cada instante es el juicio final, es decir, en cada instante se juega el porvenir del mundo y nuestro deber es salvar el pasado, salvar los dones del pasado" (en Cacho Millet, p. 275).

Notas

(1) Son éstos los únicos ensayos del volumen que tratan abiertamente temas filosóficos (véase: pp. 84-95 y 109-119).

(2) *Cartas del fervor*, pp. 201-202.